

da; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que también entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un petril de madera hasta los pechos, y después una cerca de tabloneros y vigas, dos estados en alto, por la cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto mas se holgaron los nuestros, cuanto mas fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente que era frontera y tenia guarnicion de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalan á llamar al señor y á la gente. Vino el Gobernador; dijo que el señor era niño y tenia mucho miedo, y fué con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eran idos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que habia visto otros hombres barbados y otros ciervos; así llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guia, dió licencia y paga á los de Acalan, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalon. De Tiac fué á dormir á Xunauhuitl, que tambien era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco dias que habia de camino y despoblado, hasta Taica, segun la nueva guia. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto dia llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que segun la guia dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podia entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabia nada de semejantes hombres, y que si querian entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrian tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pié siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y mas arriba. Como tardó mucho en el mal camino, y no podia ir encubierto, víéronle los labradores y metiéronse en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guia cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temia; y si queria, que él iria en aquella su canoita á la isleta, y entraria en el lugar y hablaria con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocia, y le diria su intencion y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues, y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trujo dos personas, á lo que mos-

traban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitán de aquel ejército y á saber lo que queria. Cortés les habló alegremente; Dióles un español que quedase en rehenes, porque viniere Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuéronse. Otro dia de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostracion de miedo ni de guerra. Cortés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solemnidad, y tañer los menestres, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atencion, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hicieronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desaharía sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debia honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darian, como hacian en cada parte que llegaban, y que presto le enviarian religiosos que lo dotrasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podia ser. Cortés, tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del Emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de Méjico Tenuchtilan. El dijo que desde allí se daba por tal, y que habia algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habian dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habian vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo cómo era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decian, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de fierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóle si sabia algo de ciertos españoles suyos que habian destar no muy aparte de allí, en la costa de mar. El dijo que tenia mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si queria, que le daria persona que lo llevase allá sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no seria tan trabajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guia, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni lios ni tanta gente, y por eso le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desaharía, y entre tanto que el ejército la andaba, se fuese con él á la ciudad á ver su casa, y veria quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadia fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos

ídolos; tomó guia, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pié, y salióse á dormir con el campo que ya habia bojado la laguna.

Un trabajoso camino que los nuestros pasaron.

Otro dia que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo deciocho gamos: tantos habia. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traian muerto un leon, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un leon cuatro hombrecillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, grande y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenian en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse á tierra, aunque hablaban, por mas que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y así llegaron al lugar bien cansados, porque habian caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tleecan, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro dias esperando si venia el señor ó los vecinos; como no vinieron, basteciése para seis dias, que, segun las guias decian, tantos tenian de caminar por despoblado. Partiése, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que era de Ainohan, donde hacian jornada los mercaderes. Allí reposaron un dia, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el rio, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomáronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesqueria. Otro dia anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para ferrallos fué necesario estar allí un dia entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuín, donde estuvieron dos dias; de Axuncapuín fueron á dormir á Taxaitetl, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro dia tenian andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho dias, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni dia de todo aquel tiempo; fué maravilla la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió; fué hartó dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron allí los duelos; que luego dieron en un rio muy grande, y con las lluvias

pasadas muy crecido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque no habia barcas, é ya que las hubiera, no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el rio arriba á mirar si se estrechaba ó se podia vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podria contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorria á tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letania*; y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga cuanto el rio ancho, con mas de veinte grietas por do caia la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula ó encantamiento como los de Amadis de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la mesma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca habia muchos árboles, y trajeron mas de docientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos dias; hacia tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordescia los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa; fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó mas; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué hartó desconuelo, porque iban muy hambrientos, como no habian comido en ocho dias sino palmitos y sus dátiles magrillos, é yerbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el rio arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Tauican, que tenia muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el rio, y ellos no sabian cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podia pasar, que le diesen una guia, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guia, á descubrir el camino que habian de llevar para Azuzulin, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquin; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debia ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparacion del pasado. Entre aquellos siete venia uno de Acalan, mercader, y que habia morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo habia un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pié y á caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Apoxpalon, que tenia la fatoria, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahuilquin para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habian perdido, y los mercaderes destruido, después que aque-

Los extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaría muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guías que traía, y envióslos con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquihuilquin que no se ausentase, porque deseaba hablalle, y no le hacer mal. Cuando otro día amanesció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guías. Partióse en fin, y fué á dormir á un monte cinco leguas de allí. Dejarretóse un caballo en un mal paso del camino; otro día anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos ríos, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalan, mas habíanse ido ellos; de allí fueron á Azuzulín que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho días no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una dellas dijo que los llevaría á un pueblo dos jornadas léjos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podía atinar por dó tenía de ir, por mas que miraba en la aguja: tan altas montañas había delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un mochacho por aquellos montes, y fué tomado; el cual los guió á unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos días á ellas, y después los guió un vejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habían huido de miedo, y estos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habían servido, que fué barto descanso para quien lo oía, según iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comían sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un día dos hombres á cortar una palma, y media hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenía encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

Lo que hizo Cortés en Nito.

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algún español ó indio del pueblo, que mas particularmente le declarasen cuyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un río grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos días, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los mas enfermos, y que eran de Gil Gonzalez, y tenían por capitán á Diego Nieto, y que

Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, que le mataron, idos á Méjico por tierra y gobernacion de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y quería ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el río, y luego partióse. Tardó en llegar tres días, y en pasar el río con todo su ejército cinco, porque no tenían mas de un esquife y una ó un par de canoas. Muy gran consolacion fué para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podían mas andar, y los que estaban no tenían salud ni qué comer. Erale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á la buscar; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trujeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores, y tan poca la vianda que había, que perescían de hambre, y verdaderamente perescieran sino por unos pocos puercos que aun duraban, y por las yerbas y raíces que cogían los mejicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvidara, que aportase allí á tal tiempo un navío que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de mal año. Cortés compró aquel navío con todo el bastimento; que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantín de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniere. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre. Salían desde Nito á correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba deciocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposición y manera de poblar allí, y por tener otro la posesion, apareja sus tres navíos para irse á la bahía de Sant Andrés; envía á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar mas copia de bastimentos, por si se detenía mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metióse con ellos en el bergantín y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el río, topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circuito, sin poblacion ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que boja mas de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y ají que pudo coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro día entró por un riatillo, dejó allí las barcas y el bergantín, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A media legua topó

un pueblo yermo y caído, que muchos estaban así con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debía ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres. Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; había en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo había, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco ríos, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. A puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, según picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacía. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago,» se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entrellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se halló allí grano de maíz; y dos días después que llegaron, se partieron para otro lugar mas grande, que decían los presos ser muy proveído de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un río hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos días había que no la comían. Hallaron mucho cacao, ají, frisoles, fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargarán, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podían llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de Méjico, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un río que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guía, á traer el bergantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogían á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del río. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fué por agua. Harto

HA.

peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no había mas de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Albarado; que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aun tomó mucho mas de otros pueblos; con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornar á Nito treinta y cinco días.

Cómo llegó Cortés á Noco.

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil Gonzalez, y fué á la bahía de Sant Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte días, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y ríos, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales había veinte de caballo. Llamóle Natividad de nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fué á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que había buen camino, aunque algunos ríos de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve días en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le había traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habían pasado Gil Gonzalez de Avila y Francisco Hernandez, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, según ya tengo relatado. Pidiéronle perdon por haber seguido algun tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer mas, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. El los perdonó, y restituyó los oficios á los que primero los tenían, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos días que llegó, envió un español de aquellos, que entendía la lengua, y dos mejicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Pappaica, y que son cabezas de provincias, á decirles cómo el capitán Cortés, que estaba en Méjico Tenuchtitlan, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atencion, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber mas por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle; ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mejicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad; y

27

fuéronse. Dende á cinco días vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitán que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que quería dellos, ó buscaba por aquella tierra, y que no venían ellos á verle, porque tenían temor de que los llevasen en los navíos, como habían hecho á otros poco tiempo antes, que, según se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaría de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ante él los señores, y sabrían muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrían decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijese cómo venía para la conservación de sus personas y haciendas, y para salvación de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de mas de quince pueblos, señoríos por sí, con bastimientos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traía, y otro carabelon de los que arriba nombramos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribió á Méjico y á todos los concejos su viaje, y cómo cumplía el servicio del Emperador detenerse por aquellas partes algunos días. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navío, que tomase de camino sesenta españoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de Sant Anton. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y mas de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguanigo, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantín envió á la isla Española con cartas para los oidores, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamáica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de Méjico.

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada día nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cierto, en un navío que venía á la Nueva-España, de mercaderes, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijeran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vino á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en Méjico había muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del Rey que

dejó por sus tenientes, y cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindez se habían hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habían hecho las honras por tal. Que habían prendido al tesoro Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz, y que habían puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban preso á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leía Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Al ruin ponle en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguieron toda su vida.» Retrajóse á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era mejor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres días procesion y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que mas servicio de Dios fuese. A la fin puso todo lo otro por ir á Méjico á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que lo habían revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de caballo. Envió á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á Méjico por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallan, camino hecho, llano y seguro; y embarcóse él en aquel navío que le trujotan tristes nuevas, para ir á Medellín. Estando sobre una ancla no mas, muy á piqué de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolucion entre los vecinos. Allanólos con castigar los revoltosos, y pasados dos días, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la entena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres días en adobarla. Salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un día. Recreó un norte tan recio y contra río, que rompió el mástil del trinquete por los tamborettes. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no quería que dejase aquella tierra ni que fuese á Méjico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se había vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martín Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navío, que había de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocacion de todos cuantos poderes hasta allí había dado y hecho de la gobernacion. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de Méjico, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martín Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á Méjico; aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegada á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

La guerra de Papaica.

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver

qué cosa era, con treinta compañeros á pié y otros tantos á caballo. El cual fué, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin recibir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérselo por amigos, y cada día traían á Trujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierta término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercebimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chiqueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles á pié y á caballo, y muchos indios, que saltaron una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad, y prendiéronle; el cual, preguntado por qué había sido malo é inobediente, dijo que ya se hubiera él venido á dar, sino que Mazatl era mas parte con la comunidad, y no consentía en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espíarlo hía, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacían luego, la tierra estaría pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl; á quien fué dicho lo que Pizacura decía, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica; y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fué Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvían á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sino tuviéronle preso con otros dos señorcetes y con un mancebo que, según pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores. A esta sazón vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernandez, y dijeron cómo había llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernandez, teniente de Pedrarias, y que venía al puerto ó bahía de Sant Andrés, do estaba la villa de la Natividad de nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernandez que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernandez se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por pro-

prios. Cortés escribió á Francisco Hernandez rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el Rey, y enviéle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas por que Pedrarias degolló después al Francisco Hernandez. Idos estos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacían otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediasse, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya desto tenía aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos querellantes á Grabel de Rojas, que así se llamaba el capitán de Francisco Hernandez, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que había tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernandez, se volvió luego adonde vino; que, según pareció, Francisco Hernandez estaba en aprieto con un motín que hacían contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se quería quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bollicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, quería ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España.

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venía á llevarle á Méjico para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prisión de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del fater Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el Rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo había hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenían muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo quería mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenía muchos indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallan, proponiendo de ir por allí la vía que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenían en grandísima estimacion por haber ganado á Méjico Tenuchtitlan; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindon, que son muy fragosas, y todos los caiques estaban aparejados y proveídos para le hospedar y festejar en sus pueblos y